

Un elogio debido desde la Universidad Autónoma de Madrid En honor de Olivier Lecomte



La Universidad Autónoma de Madrid como institución, yo, como colega en la UAM más cercano quizás, y cuantos otros colegas, becarios, doctorandos y estudiantes, empeñados hace ya tantos años en la consolidación de los estudios sobre el Oriente Próximo y Medio antiguo, tenemos todos una deuda de agradecimiento, amistad y admiración con Olivier Lecomte. Por eso debo escribir aquí en memoria de uno de los mejores arqueólogos europeos, de un colega y de un amigo. Me será difícil mantener un tono oficial, pues me unen a él sentimientos, gustos, cercanías mucho más reales que el común año de nuestro nacimiento: 1949. Él se ha ido antes de cumplir los setenta años. Yo, que los cumpliré justamente cuando este recuerdo aparezca impreso, me siento extraño rememorando cuanto me acercaba a él y cuanto le debemos. Extraño, porque nunca pensé que se nos fuera así, tan de repente, levantándose raudo hacia lo alto como el ángel del poema de Mijaíl Y. Lérmontov, que tanto le gustaba a Olivier³. Ese ángel victorioso tras feroz lucha, que tras derrotar al demonio se elevaba al infinito sobre las cumbres del Cáucaso, mucho más arriba que la cima del Kazbek, llevándose consigo el alma liberada de Tamara. Pero esta vez, ese ángel se ha llevado a nuestro Olivier.

Vuelvo a la tierra. Bien, escribiré en su homenaje lo que me salga del corazón, aunque no querría que mis líneas adolecieran de excesiva familiaridad, porque si es cierto que nos conocimos hace veinticinco años, y que desde entonces fluyó hacia mí la simpatía y la amistosa predisposición que él guardaba siempre a quienes distinguía con su afecto, lo cierto es que no hemos compartido demasiado del tiempo que me hubiera gustado vivir con él. Por tanto, no quiero que nadie piense que estoy impostando una intimidad reservada a sus más estrechos amigos. Así que moderaré las expresiones, pero debo declarar que yo le admiraba, que yo sentía una sincera amistad hacia él, un verdadero cariño y un profundo, auténtico e impercedero agradecimiento a su generosidad. Porque él me abrió un mundo maravilloso y con ello, se lo abrió a mi Universidad Autónoma y a nuestra ciencia. Y eso, al fin, se lo debemos todos: yo, mis alumnos y compañeros, mi universidad, nuestra ciencia. Y por eso, ahora, mezclando recuerdos y sentimientos escribo en nombre de mis compañeros, de mi universidad, de mí mismo, en honor de Olivier Lecomte.

³ M. Lermontov.- *Poemas. Poesías líricas*. Edición bilingüe de Mijaíl Chílikov. Ediciones Cátedra, Madrid 2014. El fragmento del célebre poema *Демон / El demonio*, al que me refiero, dice así “Y el ángel su mirar severo / clavó al Tentador vencido / y alzando eufórico, el vuelo, / al poco ha desaparecido / en el azul del hondo cielo” (И ангел строгими очами / На искусителя вздяднуд, / И, радостно взмахнув крылами, / В сиянье неба потонул.). Así, véase: 130-131.

Fue allá, durante la primera campaña de excavaciones en los Emiratos Árabes Unidos, junto a Michel Mouton, cuando conocí a Olivier. Eran los primeros meses del año 1994. Michel nos llevó al Emirato de Umm al-Quwain, para visitar el yacimiento de Ed-Dur y la sede de la misión francesa, que dirigía Olivier Lecomte. De él y su obra apenas si conocía algo publicado en un libro dedicado a la arqueología de seleúcidas y partos en Mesopotamia y el Golfo Pérsico⁴. En realidad, el año anterior yo había estado leyendo el libro, pero con mayor interés por las cuestiones mesopotámicas que las del Golfo, presté entonces más atención a otro artículo de Olivier, dedicado a Larsa⁵. Sin embargo, cuando llegamos a Ed-Dur y de su mano visitamos el yacimiento y sus propias excavaciones en el fuerte o torre fortificada, confirmé mi admiración por la vieja cultura de la Península de Omán que gracias a Michel Mouton, entonces se estaba abriendo ante mis ojos. Pero también conocí a una persona excepcional por su cualificación científica, su simpatía y su sencillez: Olivier Lecomte. En esa u otra jornada, además de visitar el yacimiento y departir sobre sus hallazgos, tuvimos también la suerte de disfrutar de una excursión por el célebre *wadi* al Bih. Guardo una fotografía que, salvo al autor de la misma⁶, recoge al grupo que formábamos en ese instante, españoles y franceses. Temo caer en el pintoresquismo anecdótico que abomino si digo que entonces Olivier, con su estatura, su simpatía contagiosa y sus grandes mostachos se me antojó la imagen de un jovial Vercinjétorix o un bravo coracero de la caballería de Napoleón. Y ya nunca se rompería el hilo de amistad y creciente proximidad que nos unió.



Tiempo después y dejando aparte otras cosas –siempre estaba dispuesto a atender mis consultas, o a orientar a mis estudiantes que, en París, buscaban consejo en sus estudios-, cuando Olivier había cerrado su etapa en Arabia y llevaba años trabajando en Kazajistán y Turkmenistán, le pedí ayuda para organizar una de nuestras tradicionales actividades docentes: la *V Semana Didáctica sobre el Oriente antiguo*, dedicada a “*El redescubrimiento del Asia Central*” (9 a 2 de diciembre de 2003). En esa ocasión, los paneles de la exposición didáctica y el ciclo de intervenciones se beneficiaron de su consejo y empuje. Además, él no dudó en aceptar mi invitación para dictar en la UAM una lección sobre las investigaciones francesas⁷. Recuerdo que aquella semana y las intervenciones de Olivier y otros colegas supusieron un nuevo descubrimiento regalado a nuestros estudiantes de los primeros cursos y especialidad. En ese momento, mi interés

⁴ O. Lecomte.- “Ed-Dur, les Occupations des 3e et 4e s. ap. J.-C.: Contexte des trouvailles et matériel diagnostique”, en U. Finkbeiner (ed.).- *Materialien zur Archäologie der Seleukiden-und Partherzeit im südlichen Babylonien und im Golfgebiet*”. Ernst Wasmuth Verlag, Tübingen 1993: 195-217.

⁵ O. Lecomte.- “Stratigraphical analysis und ceramic assemblages of the 4th-1st centuries B.C. E.babbar of Larsa (Southern Iraq)”, en U. Finkbeiner, op. cit. (1993: 39.

⁶ Esta imagen debió tomarla Miguel Ángel Núñez Villanueva, miembro de la misión española.

⁷ O. Lecomte.- “Entre Irán y el Turán. Investigaciones francesas en el Turkmenistán meridional”, *Cuadernos del Seminario Walter Andrae* 6/1 (2003-2004): 3-14

sobre la región se traducían en los programas de mis clases y actividades como aquella semana, pero ignoraba que a no tardar, Asia Central se convertiría en mi última frontera profesional, gracias a la generosidad de Olivier.

Apenas tres años después, Olivier Lecomte presidió la sesión del V ICAANE (2006)⁸ en la que yo presenté los resultados obtenidos por la misión española en al Madam (Sharjah, Emiratos Árabes Unidos). Él, que no era muy amigo de ese tipo de congresos multitudinarios, quiso echarnos una mano y estar presente en Madrid, apoyándome, apoyándonos para que aquel encuentro científico saliera todo lo bien que realmente salió. Tal vez, la Universidad Autónoma nunca ha sido consciente de que si el trabajo y el esfuerzo de los profesores y estudiantes de la institución fueron decisivos para el éxito obtenido, éste no habría culminado en la excelencia sin la cooperación amistosa de una pléyade de colegas, bien relacionados con nuestra universidad, entre los que figuraba Olivier. Y más aún, en el curso de las actividades de dicho congreso, sabedor de que yo quería dejar el Proyecto de Emiratos Árabes en manos de una joven doctora allí formada⁹, y abrir un nuevo campo de trabajo, Olivier me propuso que enviara a uno de mis alumnos a su siguiente campaña en Ulug dépé (Turkmenistán), invitándome también a visitarle allí y conocer con él las posibilidades de la región. Y así fue. Un joven doctorando, Alejandro Gallego, participó en esa campaña aprendiendo todo lo posible de las peculiaridades del trabajo en la región: y yo mismo, en noviembre de aquel año 2006, gracias al apoyo de la Misión Francesa y su director, Olivier Lecomte, pude entrar en Turkmenistán y conocer con él la región de Akhal y sus yacimientos, recibir sus consejos e ideas y desplazarme incluso hasta el remoto Dehistán, con la compañía imprescindible de Julio Bendezu-Sarmiento. Aquella prospección fue para mí un nuevo descubrimiento, tal vez, el último relevante de mi vida profesional. Y se lo debo a Olivier.



Recuerdo que durante mi estancia en la sede de la misión francesa en Dushak, descubrí otra faceta de Olivier –porque él no gustaba blasonar de sus conocimientos tan variados y amplios-, virtud apenas barruntada por detalles casi cogidos al vuelo: su enorme cultura sobre cualquier tema o ámbito del saber. Y es que sentado en su habitación, hablando sobre asuntos del proyecto, distinguí sobre su mesa un volumen de la prestigiosa *Pléiade*. Curioso, lo hojeé: era el primer tomo de las *Mémoires d'outre-tombe*, de René de Chateaubriand. Me sorprendí, porque no es común que entre las escasas distracciones

⁸ J. M^a Córdoba, M. Molist, M^a C. Pérez, I. Rubio, S. Martínez (eds.).- *Proceedings of the 5th International Congress on the Archaeology of the Ancient Near East (3-8 April 2006)*. Tres volúmenes. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid 2008.

⁹ Desde pocos años después, el Proyecto al Madam quedó bajo responsabilidad de la Prof. Dra. D^a Carmen del Cerro, del Departamento de Historia Antigua, Historia Medieval y Paleografía y Diplomática.

posibles de un arqueólogo perdido en el desierto o en los rincones más recónditos de Oriente, se cuente la lectura tranquila de lo mejor de la literatura clásica. Fui sabiendo luego de su profundo conocimiento de la literatura en general, y su especial atracción por la rusa. Y a decir verdad, ese hallazgo me hizo sentirle aún más cercano, ahondando más las razones de mi admiración y mi simpatía.

Tras esa estancia, el respaldo de Olivier fue decisivo para que mi universidad mereciera la confianza de las autoridades turkmenas: sólo la imprevista muerte del entonces presidente, Saparmurat Nyýazow, retrasó la formulación de un acuerdo de cooperación que, finalmente, firmado tres años después, permitió la apertura de un proyecto de la UAM en Dehistán: el primero español en Asia Central. Siglos después, seguíamos los pasos de nuestro viejo antepasado, Ruy González de Clavijo, honor que debíamos a nuestro colega y amigo. Y así, el año 2010, al cierre de nuestra primera campaña en Geokchik depé, iniciamos una costumbre luego mantenida en la medida de lo posible: visitar la sede de la misión francesa en Ulug Dépe en cada una de nuestras estancias en Turkmenistán. En el curso de esas siempre interesantes visitas, además de compartir horas y experiencias de trabajo, disfrutamos de su amistosa alegría, sus consejos¹⁰. Con él aclaré mis dudas y mis sorpresas mientras avanzábamos en la siempre compleja investigación de un área difícil y problemática por su misma naturaleza, la llanura de Misrián, donde nuestra ciencia está empezando a desvelar una historia magnífica en los yacimientos de Geokchik e Izat Kuli. Y se lo debemos a él.



En esos años y después, las oportunidades de encuentro y el placer de gozar de su simpatía amistosa se han multiplicado en distintos lugares con ocasión de congresos y seminarios, o en el mismo París, donde en varias ocasiones gocé de su hospitalidad. Luego, en estos tres últimos años, hemos mantenido esa proximidad a distancia por distintos motivos: en parte, por mis propios problemas y la proximidad del cese de mi vida académica, que complica todo. Y en esa tesitura, el 15 de enero de este año falleció Olivier. Al principio me parecía imposible. Pese a sus problemas de salud en los últimos

¹⁰ Como no podía ser de otra manera, aquella fraternal relación se ha mantenido luego con la misión dirigida por Julio Bendezu-Sarmiento.

años, pensaba que al final se impondría su bravura y su fuerza espiritual sobre cualquier dolencia. Que le seguiría teniendo siempre cerca. Porque con el tiempo, Olivier, con su gran estatura y fortaleza física y mental, sus grandes mostachos y su interés por la historia de comienzos del XIX, se me había ido dibujando como uno de esos bravos coraceros franceses, representados en tantas pinturas de batalla y relatos novelescos, como un héroe superviviente en *El coronel Chabert* de Honoré de Balzac, o los jinetes lanzados a la muerte y la gloria en la batalla de Waterloo, narrada por Víctor Hugo en *Los miserables*, o los apenas esbozados por Stendhal, en *La Cartuja de Parma*, cuando dieron su última carga encabezados por el mariscal Ney. Pensaba que él tenía que salir adelante y aún ahora, me parece imposible que ya no esté. Pero se nos ha ido con el ángel de Lérmontov, “*al azul del hondo cielo*”.

Puesto que Olivier amaba tanto la poesía, seguro que le gustaría saber que, cuando empezaba estas líneas, recordé los versos de un soneto de Joachim du Bellay (1522-1560). Es aquel en el que el poeta llamaba dichoso a quien como Ulises, ha hecho un bello viaje y vuelve luego al hogar, lleno de experiencia y razón¹¹. Lejos del otro poema, muchos siglos posterior y popular hasta la demasía, firmado por Constantino Kavafis en evocación del Ulises viajero, el del poeta renacentista francés me cuadra más con la sabiduría y amistosa simpatía de Olivier Lecomte. Él viajó por tierras lejanas, descubrió horizontes y mundos insospechados, regó con su simpatía y su amistad allá por donde pasaba y volvió, entre nosotros, para darnos tanto de aquello que encontrara. Él me ha regalado casi veinticinco años de amistad, de consejos, de apoyo a mis ideas y mis iniciativas. Nunca podré pagarle debidamente el universo que me abrió en Asia Central. Por eso le estaremos siempre agradecidos yo y mis colegas, mis estudiantes, mi universidad. Valga esto como razón expresa de mi homenaje, de nuestro homenaje agradecido a tu memoria, querido amigo y compañero, Olivier Lecomte.

Joaquín María Córdoba

¹¹ J. du Bellay.- *Sonetos*. Edición bilingüe. Traducción, prólogo y notas de Luis Antonio de Villena. Visor Libros, Madrid 1985: 42-43. Los versos de du Bellay dicen así: “*Heureux qui, comme Ulyse, a fait un beau voyage, / Ou comme celui-là qui conquiert la toison, / Et puis est retourné, plein d’usage et raison, / Vivre entres ses parents le reste de son âge!*”. Vid. 42.